

EL VOTO ECOLÓGICO Y LAS NUEVAS FORMAS DE PARTICIPACIÓN

Sixto Rodríguez Leal

Indudablemente la alternativa ecologista se presenta como una de las escasas opciones políticas que ofrecen una salida a la profunda crisis institucional y participativa del actual ámbito político. La aparente evidencia de este hecho aparece, sin embargo, empañada por la multiplicidad de grupos y tácticas concretas que, en el momento actual, reivindican para sí la etiqueta de «alternativa verde». Simplificando de un modo quizá excesivamente sumario, podemos distinguir en esa maraña de siglas y programas dos vías, en cierto modo divergentes:

—Por un lado lo que podríamos denominar el «integrismo ecologista», que adopta una actitud radical en la defensa del medio ambiente, rechazando por sistema todo avance tecnológico, en cuanto supone una agresión contra el entorno, y una reducción progresiva de los medios de defensa de la naturaleza frente a la cultura humana. Para los defensores de esta opción sería necesaria una política de detención absoluta del desarrollo económico, clausura de todas las centrales nucleares, búsqueda de formas de energía alternativas a las actuales, que resultan altamente contaminantes, búsqueda de formas de vida más sencillas en contraposición a la tendencia irrefrenable hacia la homogeneización metropolitana de las comunidades humanas, etc.

—Por otro lado nos encontraríamos ante movimientos «alternativos» que pretenden luchar contra el *statu quo* desde dentro del propio sistema. Tales movimientos utilizan formas de actuación más «políticas» y posibilistas: medios de comunicación libres, grupos de acción contra las agresiones de los intereses empresariales hacia el medio ambiente, movimientos de objeción de conciencia y antimilitaristas, etc.

Lo más característico de estos grupos es la variedad de las luchas en que se hallan inmersos, lo que ciertamente es causa de una gran dispersión en sus métodos de acción y en sus objetivos. En realidad, el elemento definitorio que parece crear un vínculo común entre ellos es la negación de cualquier forma de superestructura partidaria, que marque desde arriba una estrategia única de la que los grupos concretos no serían sino meros apéndices.

Así pues, los movimientos alternativos actuales parecen debatirse entre la denuncia radical al sistema que imposibilita prácticamente un compromiso con la realidad del capitalismo agresivo de nuestro tiempo, y la dispersión de múltiples grupos de acción más o menos integrados en el sistema. Probablemente ésa sea la causa que explique la debilidad electoral de estos grupos «verdes» —principalmente en nuestro país—, lo que conlleva indudablemente un cierto sentimiento de frustración entre numerosos ciudadanos que verían con buenos ojos la aparición



de una alternativa real a los grandes aparatos políticos dominantes. Preguntarse por el modo de salir de este *impasse* significa, ante todo, hacer un esfuerzo por comprender los motivos que deberían hacernos apoyar con nuestro voto una opción ecologista. Repasemos, pues, algunos de los problemas que, si hasta ahora han sido relegados a un lugar secundario, actualmente se presentan como cuestiones centrales, de las que depende nuestra propia existencia.

Los grandes retos ecológicos

Las sociedades contemporáneas están sujetas, como consecuencia de acontecimientos pasados, a una serie de presiones que influyen sobre la calidad de vida de muchos de sus ciudadanos, y que tienen su origen en un acceso desigual a la riqueza y a los alimentos, en la escasez de recursos, la contaminación, los problemas de salud, y una menor esperanza de vida. Durante miles de años los seres humanos han convivido con las consecuencias de diversas formas de degradación medioambiental sin incurrir necesariamente en un deterioro social, y eso nos ha inducido a creer que tal situación podría mantenerse indefinidamente. Sin embargo, los efectos de las diferentes presiones que ha sufrido el planeta han crecido de modo tan espectacular en los últimos años que se hace necesaria una actuación global a fin de evitar el desastre. El problema surge debido a que estas repercusiones han sido experimentadas por cada país o región de maneras radicalmente distintas, creando así dificultades inherentes al posible diseño de estrategias internacionales coherentes e, incluso, de estrategias nacionales compatibles.

Si los cálculos de los expertos no están errados, todo parece indicar que tales presiones se seguirán dejando sentir en los próximos años en cuatro áreas principales:

1. *Mayores tensiones sobre los propios recursos.* Probablemente, el principal problema a escala planetaria en un futuro cercano será el acceso a los recursos, unido a la duda sobre si será o no posible continuar la experiencia de los pasados doscientos años de una abundancia relativa de energía a precios bajos. Las presiones más serias e inmediatas se están dando últimamente bajo la forma de degradación y destrucción de los recursos vitales de los que dependen las sociedades: reguladores medioambientales globales, suelo, aire, biodiversidad...

2. *Distribución desigual de los alimentos y la riqueza.* En los últimos años, el mundo industrializado ha alcanzado niveles de consumo y opulencia inimaginables para generaciones anteriores. Esto se ha logrado consumiendo la gran mayoría de las reservas y de los recursos energéticos mundiales. Estados Unidos sólo posee alrededor del 5% de la población mundial, pero consume el 30% de la energía total del mundo, mientras que el 55% de la población mundial sigue, como sus antepasados, dependiendo de la agricultura para poder subsistir. Alrededor de 2.500 millones de personas están subalimentadas, y el 20%, unos mil millones, viven en la más absoluta pobreza, careciendo de las necesidades básicas, como el agua, la higiene, y una vivienda digna. Aun cuando se estabilizasen los actuales niveles de consumo europeos y americanos, es muy dudoso que pueda repetirse el proceso de industrialización y bienestar, exportándolo al resto del planeta. Esto es



debido a que es poco probable que haya suficientes recursos minerales o energéticos sobre la Tierra como para mantener el nivel de producción preciso, siendo las consecuencias de hacerlo, además, seguramente catastróficas por lo que se refiere a la contaminación. A pesar de ello, el mundo no industrializado aspira a una industrialización siguiendo el modelo occidental, y cada día son más los países que avanzan firmemente en esta línea.

3. *La desigual explosión demográfica.* Desde hace 10.000 años, el peso de las cifras de seres humanos ha sido un factor que ha determinado de forma crucial la capacidad de las sociedades para alimentar a sus ciudadanos y proporcionarles un nivel de vida digno. En los últimos 20 años, la población mundial ha pasado de 3.600 millones en 1970 a 5.400 millones en 1990, lo que nos conduciría —de mantenerse esta tendencia— a 12.000 millones a mediados del siglo XXI, mientras que, al mismo tiempo, los expertos insisten en que la Tierra absorbería un máximo de 8.000 millones de personas. El 95% de este crecimiento se producirá en el Tercer Mundo, donde la presión sobre los escasos recursos y sobre la limitada cantidad de tierra ya es muy intensa. Si en el año 2025 somos alrededor de 8.500 millones, como vaticinan los expertos, antes de fin de siglo Asia meridional tendrá 1.500 millones, África 900 millones, América Latina 500 millones —100 más que actualmente— y los países árabes duplicarán su población antes de 20 años. La superpoblación, por tanto, puede ser una de las principales causas de un posible caos ecológico. Es bastante improbable que la Tierra sea capaz de alimentar, y mucho menos de proporcionar otros recursos, al crecimiento demográfico que nos espera.*

4. *Residuos.* Los acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX han suscitado la cuestión de hasta qué punto las sociedades pueden contaminar impunemente el medio ambiente. Los complejos socio-industriales actuales han actuado guiados por la ilusión de que, de alguna manera, son independientes del mundo natural. Desde la primera transición, que comenzó hace 10.000 años, y —como hemos destacado— desde los inicios de la primera revolución en Inglaterra, a finales del XVIII, los seres humanos han impuesto una creciente presión sobre el medio ambiente, desafiando principios ecológicos básicos. Sigue funcionando un sistema de valoración que no tiene en cuenta el hecho de que todo lo referido al entorno natural es portador de valores irremplazables para las generaciones futuras. Se han vertido los desechos del sistema industrial en los ecosistemas del mundo.

Es en este aspecto en el que quizá debiera incidir de un modo particular un programa político de carácter ecologista, dado que es el que más inmediatamente viven las masas de ciudadanos que mayoritariamente habitan comunidades urbanas. En esta línea, quizá habría que dividir en tres los grandes problemas relacio-

* Referido a este punto nos gustaría incluir las siguientes consideraciones: 1º) Según qué expertos se consulte opinan que la tierra puede o no alimentar a la población. 2º) Si hoy en día los países no industrializados constituyen una amenaza para la ecología es porque para sobrevivir los únicos recursos que se les ofrecen son acciones con repercusiones sobre el equilibrio ecológico. 3º) El verdadero problema de la ecología es el nivel de vida que un tercio de la humanidad disfruta y que genera los mayores desastres ecológicos. 4º) El hablar en términos de desigualdad ¿No supone que la ecología, como movimiento alternativo, ha sido incorporada al sistema al pedir el control de la población de los países no-industrializados [por miedo a una posible «invasión»]? (Nota de Carlos Díaz y Andrés Simón)



nados con los residuos de la sociedad urbana actual. Una alternativa ecológica habría de ofrecer soluciones a:

—*Polución ocasionada por coches y chimeneas*: el número de automóviles no cesa de aumentar en todo el mundo; pero su incremento en nuestro país, al calor de la ola de prosperidad de la segunda mitad de los ochenta ha sido espectacular. Esto, unido a la acción de las calefacciones, ha dado lugar a la consiguiente elevación de los índices de emisión de dióxido de carbono, que acelera los cambios climáticos causados por el efecto invernadero y, aunque los humanos no suframos aparentemente los efectos de este gas, su emisión está dañando gravemente la estabilidad química de la atmósfera. Cada vez resulta menos excepcional alcanzar índices peligrosos en ciudades como Madrid. Esto provoca que los ciudadanos se muestren progresivamente más sensibilizados con esta cuestión que afecta determinantemente a su calidad de vida. Un programa ecológico debería incidir en este aspecto, puesto que, frente a otros más tradicionales —como la lucha antimilitarista o antinuclear—, su solución aparece como una necesidad cotidiana de grandes núcleos de población.

—*Residuos urbanos*. Se trata de lo que popularmente podríamos denominar «el cubo de la basura»: la cantidad anual de desechos domésticos en las grandes metrópolis equivale a entre cinco y diez veces el peso de sus habitantes. Actualmente los vertederos y la incineración, que eran considerados como los medios más económicos y eficaces de eliminación de los desechos, están siendo cuestionados por sus volúmenes de contaminación. Sólo una alternativa ecologista podría presionar de un modo suficiente a los gobiernos centrales y locales para dedicar más recursos a reciclar las basuras y los residuos industriales, que amenazan con asfixiarnos.

—*Residuos radioactivos*. Frente a los productos de desecho de los que hemos tratado en el apartado anterior, se denomina así a los residuos derivados exclusivamente de elementos relacionados con la energía nuclear. Existen dos clases de estos residuos, unos de media o baja y otros de alta radioactividad. Hay que tener en cuenta que estos últimos suponen una amenaza para la vida durante 240.000 años. Aunque los efectos de estos residuos son menos espectaculares —pues no «se ven» como la contaminación de los automóviles, por ejemplo— y, por tanto, quizá la lucha contra ellos debiera ocupar un lugar secundario en un programa político alternativo, es más necesario que nunca incidir en la necesidad de orientar las grandes inversiones hacia líneas de investigación de nuevas fuentes de energía limpia. El movimiento ecologista tendría la obligación de seguir llevando a cabo una labor de concienciación de los ciudadanos a medio y largo plazo, aun teniendo en cuenta que ello no redundará, seguramente, en un aumento de sus expectativas de voto, frente a otros proyectos que «ofrecen» soluciones inmediatas a problemas aparentemente más graves y cotidianos.

—*CFC*. Es el elemento causante de lo que ya se conoce popularmente como «agujero en la capa de ozono», la otra cara de la moneda del «efecto invernadero». Aunque se comienza a limitar su producción, la cantidad de cloro que hay en



la atmósfera es seis veces superior a la que existía a comienzos de siglo. La presión ejercida sobre las grandes industrias en este terreno es una de las muestras más palpables de que es perfectamente posible combinar el mantenimiento de unos objetivos generales más o menos «utópicos» con el logro de resultados inmediatos.

Conclusiones

Este breve recorrido a través de algunos de los problemas a los que debería hacer frente un movimiento político alternativo de carácter ecologista ha incidido especialmente en aquellos aspectos relacionados con el cuidado del medio ambiente. No cabe duda de que, en estos momentos, éstas son algunas de las cuestiones que ofrecen una mayor capacidad de «enganche» con amplios sectores de la sociedad que buscan nuevas alternativas de voto, un tanto desencantados de los modelos tradicionales. Sin embargo, no podemos olvidar que el ecologismo es mucho más que un simple *movimiento defensivo* ante las agresiones a la naturaleza por parte de la sociedad industrial. En tanto que *movimiento alternativo* pretende, además, ofrecer una salida racional a los problemas vitales de relación interhumana.

En realidad, ambas cuestiones aparecen indisolublemente unidas, puesto que parece que cada vez se va abriendo paso con más fuerza la idea de que será imposible una lucha eficaz por salvar nuestro entorno y nuestra vida sin un cambio generalizado en el modo de existencia y en las expectativas de grandes masas de población que, en estos momentos, aún viven entregados al ideal del crecimiento en el bienestar sin límites. Éste es, con toda probabilidad, el gran obstáculo para el desarrollo de una alternativa ecologista en términos electorales. Sin un cambio en la conciencia de los hombres que les haga caer en la cuenta de que es necesario experimentar con nuevas formas de existencia, aunque ello suponga renunciar a algunos de los aparentes «bienes» de la sociedad consumista, no será posible el triunfo de una verdadera alternativa política a los modelos tradicionales. Por mi parte, soy particularmente optimista a este respecto, a la vista del ascenso generalizado de los grupos *verdes* en otros países. Creo que en nuestro país ocurrirá algo parecido siempre que se superen los viejos tics de la división partidaria y se comience a creer en las grandes posibilidades que se abren a los nuevos movimientos políticos. En ese sentido, propuestas tan arriesgadas como la de Michel Rocard en Francia, en vistas a crear un gran movimiento progresista, que reúna a grupos de diversa procedencia, con el objetivo común de la defensa de las ideas progresistas y la lucha en favor del medio ambiente, pueden abrir vías de reflexión para una alternativa política que ayude a recuperar las ilusiones, hoy perdidas, en una participación de los ciudadanos en la toma de decisiones que determinan su existencia actual y la de las generaciones futuras.

Sixto Rodríguez Leal
Director de Radio Vallekas.